

*diam.* Ahora solo me resta presentárosle como apóstol de la verdad, que muda en triunfos los peligros de la Iglesia. *Misit veritatem.*

## SEGUNDA PARTE.

El mudar en triunfos los peligros de la Iglesia, es propio de un ministerio glorioso, aunque difícil. A ninguno pertenece desconfiar esta penosa carrera con tanto zelo como suceso, como á aquellos á quienes la verdad tiene encargados sus intereses. Esto es lo que justamente sucedió á *Norberto*, pues desempeñó con tanto zelo como suceso un encargo tan delicado. El es el Apóstol de la verdad, porque es su intérprete, su oráculo y su conservador. Como intérprete hablaba á los grandes de la tierra con el language de la verdad; y sacaba triunfante á la Iglesia de los peligros que la hacian temer la adulacion y la política del mundo. Como oráculo de la verdad mantenía los derechos de una vasta y dilatada Diócesis, y sacaba triunfante á la Iglesia de los peligros con que la amenazaban la independencía y la rebelion. Y, en fin, como conservador de la verdad, reparaba en toda la christiandad sus pérdidas, y sacaba triunfante á la Iglesia de los peligros á que la exponían el cisma y la heregía. *Misit veritatem.*

Rara vez permite la política que se acerque al trono la verdad. Esta es una luz importuna que turbaría el reposo que los grandes de la tierra gozasen en el seno de la ilusion. De esta proceden aquellas oficiosas simu-

mulaciones de que se vale la adulacion para paliar delante de los príncipes la injusticia de sus pretensiones, el deshonor de sus extravíos, y la iniquidad de sus usurpaciones.

¡Dichoso *Norberto* que ignoraba siempre tan detestables intrigas y maquinaciones! Yo estoy cierto, ó Héroe bienaventurado, de que siempre advertirás su peligro. Entre los rodeos de la adulacion y las astucias de la política, siempre resplandecerá el amor á la verdad como virtud propia en tí. En su ciencia consistirán tus talentos, y en su predicacion tu apostolado. No hay que dudar, pues, que en su boca es susceptible la verdad de quantas formas la hacia tomar San Agustin. Siempre brillaba en ella. *Lucet.* Siempre agradaba. *Placet.* Siempre movia. *Movet.*

Yo le considero desde luego del mismo modo que en el vigor de su edad le admiraba la corte de Enrique V. Aquel príncipe joven, impetuoso, ardiente, zeloso de su autoridad, terrible en sus venganzas y enemigo de los soberanos Pontífices, ocupaba el trono de los césares al mismo tiempo que Pasqual II. gobernaba la cátedra de San Pedro. Este Pontífice, pues, demasiado conocido por el zelo animoso con que habia sostenido contra el emperador Enrique IV. una causa que le pareció ser verdaderamente de la Iglesia, aun se hizo mucho mas riguroso por el encadenamiento de desgracias de que fué víctima por los resentimientos de Enrique V.

El genio tan afable y el carácter tan precioso de *Norberto* le atraxeron la confianza y amistad del Emperador. Con este motivo le

comunicó Enrique sus ideas, sus dudas y sus proyectos. A él fué á quien hizo el depositario de sus secretos, el alma de sus consejos y el vasallo privilegiado sobre quien recaían todas sus gracias. Pero ¡ó ídolos del favor! Vosotros sois en las cortes los objetos de la envidia. No creais que nuestro Santo encuentre en ellas envidioso alguno: solo halla admiradores. El uso que hace de su crédito honra la eleccion del príncipe del mismo modo que la justicia. En efecto, no se valía de este crédito, sino para inspirar al mas altivo de los soberanos ideas de conciliacion, sentimientos de paz, amor á la Iglesia y respeto á sus ministros.

¿Con quanta sabiduria confundió en la dieta de Ratisbona, como juicioso y moderado intercesor entre el império y el sacerdocio, á la tenebrosa política, cuyas sórdidas y mañosas intrigas no llevaban otro objeto que el de sembrar la cizafia y la discordia entre las dos potestades! Lo mismo fué advertir que se despreciaban las proposiciones de paz, y se declaraba la guerra, que descubriese la verdad en sus labios con aquella noble libertad que, sin faltar al respeto de los soberanos, da lugar á que se les reprehenda. ¿Quantas veces aconsejó á Enrique á que como en una balanza igual pesase las pretensiones del Emperador y las del Papa? A su costa misma señalará *Norberto* el amor á la verdad que le domina. Nombróle el Emperador para el Arzobispado de Cambray, cuya plaza era otro tanto mas lisonjera para él, quanto en aquel tiempo reynaba aun mucha

am-

ambicion en su pecho. Pero no señor: conocia muy bien la limitada extension del poder de su señor; y por lo mismo no le permitía el interes ser traidor á su conciencia y á la verdad. A un mismo tiempo supo condenar un abuso y rehusar una gracia: asegurando con su prudencia un amigo en el soberano Pontífice, sin dexar de serlo del Emperador.

Si quando era ambicioso y estaba aun lleno de profanidad, supo dar tanta fuerza á la verdad, ¿que respeto le merecería quando fué penitente y apóstol? Por él, sin duda alguna, brilló en la corte de Enrique V. *Lucet*. Por él se hizo agradable en la de Lotario. *Placet*. Este fué sucesor de aquel, y enteramente opuesto á sus máximas; porque Lotario era un príncipe digno de ser amigo, susceptible al reconocimiento, temible á sus contrarios, y aunque bastante feliz para vencerles, mucho mas generoso para perdonarles, y sumamente noble para colmarles de beneficios: unido á la Iglesia, protector de los soberanos Pontífices, amigo de la paz y de la justicia, restaurador de las leyes y riguroso conservador de ellas: grande por su valor, pero mucho mas por su piedad: un nuevo Constantino por su zelo, un nuevo Teodosio por su dulzura, y un nuevo Carlo Magno por sus victorias.

Por la derrota del Duque de Suabia y de Conrado, competidores de Lotario á la potestad soberana, acababa este de sujetar á Spira á su obediencia. Como un vencedor sin resentimiento, habia perdonado á esta ciudad

X 4

el

el castigo de su rebelion. Su corte era tan numerosa como brillante quando *Norberto* fué á honrarla con su presencia, instruirla con su predicacion, edificarla con sus exemplos, felicitarla y llevarla la paz. Oíale el príncipe y le admiraba. Consultábale sobre los asuntos mas importantes de su reyno, y sobre los puntos mas intrincados de la Religion, como si fuera á un nuevo *Chrisóstomo* que no tenía explicar á los dueños del Mundo los oráculos de la salvacion. Aquel príncipe á quien arreglaba nuestro Santo los intereses políticos, le inspiraba el amor al bien público: y la indiferencia á las pretensiones dudosas, al príncipe que le descubria los secretos de su conciencia. ¿Que sucedió quando la adulacion engañó á *Lotario* en quanto á la fidelidad de sus vasallos? Que nuestro Santo le descubrió la multitud de los que entre ellos eran pérfidos y malvados; ahorrando con las decisivas luces que comunicaba por todas partes de una desgracia al príncipe, de un crimen al pueblo y de una guerra á todo el imperio. *Lotario* ciertamente era virtuoso, pero tenía sus flaquezas. *Norberto* no se detenía en afeárselas y predicarle sobre ellas. Príncipe, le decia él, si suministras socorros á la Iglesia, por eso consigues la gloria que tienes; pero el que des buen exemplo á todo el Mundo, es esencial carácter de tu obligacion. No bien habia hablado de este modo, quando triunfó de aquel potentado. La verdad nunca ofende á un príncipe religioso. *Lotario* admiraba y honraba á un profeta y á un santo en el severo censor de sus desórdenes. No es ne-

ce-

cesario mas que un santo para atraer á la austeridad de sus obligaciones á un rey que solo ha sido traidor y ha faltado á ellas, porque nunca aprendió á conocerlas y distinguir las.

La verdad agrada algunas veces á los Dioses de la tierra, sin poder lograr el moverles. Mas quando la pronuncia *Norberto* agrada del mismo modo que mueve. *Placet, movet*. Con ella movió nuestro Santo á *Honorio Segundo*, quando hizo ver á este pontífice las necesidades de la Iglesia, y la precision que habia de proporcionarla socorros, y la de que aprobase su apostolado, confirmando su Orden y dándole facultades para extender sus discípulos por quantas partes podia esperar la Religion que se incluyesen en ella. *Movet*.

La verdad fué tambien la que movió al Conde de *Capemberg*, príncipe sumamente religioso en su palacio, héroe en las armadas, bienhechor de sus vasallos y padre de los pobres. Lo mismo fué verle *Norberto* y hablarle, que al instante consiguió la dicha de tenerle por uno de sus discípulos. ¡Quántos obstáculos se opusieron á un designio tan generoso! Tenia una esposa joven y virtuosa, y un hermano interesado y vengativo. Pero nada de esto bastó; porque todos aquellos inconvenientes se allanaban al oír el éco de la verdad, de quien nuestro Santo era el intérprete. Levantóse una imprevista tempestad, y el Conde de *Arnsbourg* se armó contra el de *Capemberg* su hierno. No creais que á vista de esta resistencia logre vencerle. Aquel á quien mueve la verdad siempre permanecerá fiel, y *Norberto* conseguirá en vista de sus

tra-

trabajos la triplicada gloria de dar á su Orden uno de sus mejores ornamentos; humillar á uno de sus mas implacables enemigos, y atraerla uno de sus mas ricos establecimientos. *Movet.*

¿Y qué inconveniente tiene la verdad para mover tambien á un héroe que se empeña en huir de ella? Conrado, Duque de Franconia, se lisongeaba de haber invadido por medio de sus victorias aquel mismo império que los Electores acababan de negarle con sus votos y consentimiento. Con el rápido curso de sus conquistas habia sujetado á muchas ciudades de Italia. Guiado de su ambicion el Arzobispo de Milan, le habia coronado por rey de Lombardía. Honorio II. fulminó contra el usurpador las excomuniones de la Iglesia. Los Arzobispos de Colonia y de Treves seguian el mismo camino que aquel Pontífice soberano. *Norberto* les imitaba tambien. ¿Qué título tenia, pues, para expedir una anatéma semejante? El de Canciller del império, primado de Germania y Arzobispo de Magdeburgo.

Dexemos en este estado, hermanos míos, al intérprete de la verdad mientras que habla siempre con ella á los grandes del Mundo. Yo debo llamar vuestra atencion ácia el oráculo de la verdad, que mediante ella mantiene los derechos y regalías de una dilatada Diócesis, y hace triunfar á la Iglesia de los peligros con que la amenazan la independendencia y la rebelion. *Misit veritatem.*

Recordaré á mi pueblo á un pastor fiel que le alimenta con la palabra de la verdad. Con

Con él brillará la paz y reynará la justicia. Su ministerio estará lleno de bendicion y de salud. Su zelo confundirá el orgullo de los potentados, enemigos de mi gloria. *Suscitabo super eas Pastorem unum, qui pascat eas::: Et scient quia eruero eos de manu imperantium sibi* (1).

¡O christianos! Estas que acabais de oír, son las expresiones y los oráculos de Ezequiel. Pero, ¿no es verdad que he pintado yo en ellas la imágen de los combates y sucesos que coronaron en Magdeburgo el ministerio de *Norberto*? Si por razon de su ministerio Episcopal necesitaba para ejercerle una caridad activa; una prudencia reflexionada, un zelo infatigable, una dulzura insinuativa y un ánimo invencible: tambien le precisaba tener costumbres irreprehensibles. *Irreprehensibilem.* Una ciencia clara: *Doctorem.* Una reputacion sin defectos: *Testimonium bonum* (2): estas qualidades reunidas eran las que formaban el carácter de nuestro Santo. La Iglesia le deseaba ya contar entre sus Pontífices, aun ántes que tuviese la dicha de oírle nombrar.

Una conformidad general y unánime fué la que le colocó sobre la silla de Magdeburgo. El solo fué quien se opuso á semejante nombramiento. Fué como otro Jeremías que se quejaba al cielo por haberle cargado de un peso que excedia á sus fuerzas.

¡Quánto me complazco yo al contemplarle en la augusta ceremonia de su instalacion!

Pe-

(1) Ezech. c. 34. v. 23.

(2) I. Timot. 3. 2. 7.

Pero ¿qué es lo que digo? ¿Ceremonia augusta? ¡Ah! *Norberto* no conoce ese aparato ostentoso y profano que procura atraerse las atenciones del público. Ingenioso para huir de los honores que le estaban preparados, supo confundirse entre el pueblo por medio de un piadoso artificio. Ignorado, desconocido y aun expuesto á los menosprecios de aquellos que tenían el mayor interes en que se le hiciesen los honores debidos á su dignidad, no queria percibir en aquel menosprecio, de que ellos mismos se avergonzaban, sino una justicia que aplaudia. Inmediatamente se pusieron de parte de sus deseos aquellos instantes de error que sorprenden. ¡Que no pudiera gozar por mas tiempo de una ilusion que tanto agradaba á su modestia! ¡Con cuánto dolor se disculpaba arrepentido de qualquiera ofensa involuntaria! ¡Con cuánta bondad consentia un vergonzoso arrepentimiento por haberse podido engañar!::: Y á vista de esto, ¿podremos decir que no redundá todo en favor de nuestro Héroe? Anunció un Pontífice virtuoso, y de consiguiente reformador de su Diócesis.

Jamás hubo alguna que, como la de Magdeburgo, abriese un campo dilatadísimo á la reforma. Por desgracia habian dexado inculto este campo fértil los predecesores de *Norberto*, con cuyo motivo no producía mas que abrojos y espinas. Si mis expresiones fueran tan vivas, y patéticas como las de Ezequiel ¿con qué acierto pintaría el oprobio del Santuario, y excitaría vuestra indignacion contra el diluvio de males que se propuso desarraigar?

El

El debía combatir contra la presuncion, la rebelion y la supersticion, desgraciada é infame semilla de la ignorancia. El libertinaje, el error y la irreligion, son los frutos mas malos de la impunidad. Los ministros de los altares se abrian por caminos torcidos la entrada en el santuario. Profanaban sus riquezas con sus tráficos escandalosos, y trastornaban la disciplina con el desarreglo de su conducta. Entre los potentados seculares, parecia que la usurpacion de los bienes consagrados á la Iglesia habia adquirido algun titulo de prescripcion. Se apoderaban de ellos sin escrúpulo, y los disfrutaban sin remordimiento de su conciencia. Los exemplos de los grandes, y las costumbres de la clerecía autorizaban los vicios del pueblo. Este no respetaba ya á aquellos que habian dexado de edificarle. Como sus superiores no habian tenido con ellos ninguna consideracion, habian perdido el gusto de cumplir con sus obligaciones. El abandono de estas les habia encaminado á la costumbre de serlas traidores. De aquel cúmulo de iniquidades dimanaban, como de su origen, las turbulencias, desuniones, ódios, venganzas y con la decadencia del buen orden, el desaparecimiento de la fé.

¿Qué contradicciones debía esperar el zelo de *Norberto* si se determinaba á dar contra semejantes abusos? Pues no hay que hacer: él se atrevió sin embargo de esto á rebatirles. ¿De qué modo se valdrá para conseguir un feliz suceso en una empresa que ofrece tantos peligros como trabajos? Lo que hará será templar el rigor de la autoridad por medio de

la

la persuacion de la dulzura. De este modo se insinuará y advertirá quanto tenga que decir. Mas por desgracia todos estos medios tan poderosos, con los que San Ambrosio sometió á sí en Milán y Magdeburgo á los Emperadores, eran demasiado débiles. *Norberto* no consiguió igual victoria. Formóse una tempestad, y por todas partes se dexó ver la resistencia y la rebellion. ¿Lo advertia como amigo? Pues se menospreciaban sus consejos. ¿Exhortaba como Apóstol? Pues el furor era el que respondia á sus exhortaciones. ¿Amenazaba como pastor, diciendo que se habia de valer de las censuras de la Iglesia? Pues á él mismo se le intimidaba, riéndose de sus amenazas y menospreciando sus censuras. ¿Expinda, en fin, aunque con sentimiento suyo, las excomuniones de la Iglesia? Pues su vigor apostólico advirtió desde luego el resentimiento que causaban, y aumentó las turbaciones. Todas las pasiones se armaron contra él. La calumnia le desacreditaba, y la venganza le perseguia. Un mundo entero de enemigos se coligó contra el mas tierno y afable de los prelados y pastores. ¿Y qué no se debia este temer de la baxeza de sus sentimientos? El que no sabe respetar á la Religion, tampoco se sabe respetar á sí mismo. El oráculo de la verdad llegó á ser la víctima de una guerra formada por las pasiones, sostenidas por el odio y terminada por un atentado.

En efecto, la ira meditó un iniquo proyecto. La audacia se ofreció á ponerle en execucion. Y una mano venal y traidora se encargó del criminalísimo hecho de acabar por medio

dio de la muerte de *Norberto* con los saludables efectos de su zelo. A aquel monstruo fué confiado el acero que habia preparado una secreta conjuracion. Adelantóse para descargar el fatal golpe. Mas no, rebañó ingrato, no creas conseguir por ese medio tus pérfidos designios. Aunque á pesar tuyo le conservará el cielo.

¿Qué hará, pues, aquella impotente rabia despues que, por fortuna, se vió chasqueada en sus esperanzas? Encenderá el fuego de una sedicion popular. Quanto sufrió San Pablo en Listra y en Icona lo sufrirá *Norberto* en Magdeburgo, aunque sin acabar con su paciencia. Yo, decia él, siempre me entregaré gustoso al sacrificio por la salvacion de vuestras almas. *Libentissimè impendam, et superinpendar ipse pro animabus vestris* (1). A quantos esfuerzos hagais, opondré la misma constancia. Os amaré otro tanto mas, quanto ménos me améis vosotros. *Licet plus diligens vos, minus diligar.*

¿Cómo era posible que mantuviese aquella venda fatal que cubria los ojos de su pueblo? ¡O pueblo injusto! Tú conocerás á *Norberto* quando ya no puedas gozar de su presencia. Desaparecerá á tu vista para atraerla mas bien sobre sí. Vuestros extrañados corazones se mudarán, y le seguirán en su voluntario destierro. Desde luego empezareis á percibir lo que falta á vuestra felicidad. Con el temor de perderle conoceréis lo utilísimo que os es el conservarle. Descubrireis todo el valor

(1) II. Cor. 12. v. 15.

lor de su zelo á proporcion de como vayais dexando de recoger sus útiles y excelentes frutos. Vuestros corazones le llamarán. Vuestras instancias le volverán á atraer; y el afortunado dia de su regreso, será entre vosotros un dia memorable en el que vuestros anales fixarán la data de vuestra conversion.

En efecto, muéstrase *Norberto* á su clerecía, á la nobleza y á su pueblo; y desde luego empieza éste á quererle, la nobleza á respetarle, y á imitarle su clerecía. El amor sucedió al odio, el desinterés á la codicia, la edificacion al escándalo, la paz á la turbacion, la verdad al error y la penitencia á la iniquidad. Todo se mudó: parecia un pueblo diferente. Quantas costumbres se veian eran nuevas, y Magdeburgo ofreció á la Iglesia edificada y sorprendida la imágen de un nuevo Christianismo:: Al llegar aquí, me parece que os oigo decir, hermanos míos, que se acabó ya el elogio de nuestro Santo. Pero os engañais: aun no he tocado el asunto mas brillante entre todos los de su panegirico. El oráculo de la verdad es el que le conserva. Por toda la christiandad reparó las pérdidas de esta excelente qualidad, é hizo triunfar á la Iglesia de los peligros á que la exponian la heregia y el cisma. *Misit veritatem.*

Es conveniente, como dice San Pablo, que haya heregias: *Oportet hæreses esse* (1). Ellas nacieron, por decirlo así, con la Iglesia misma. Sus primeros sucesos la dieron sus primeros enemigos. Nunca hubo siglo mas fe-

(1) I. Cor. II. 19.

cundo en heregias que aquel en que vivió nuestro Héroe; pero no estuvo sujeto para combatir las todas. La voz pública me desmentiría si yo le declarara antagonista del sutil Abelardo en el Concilio de Soissons: si le hiciera aparecer entre los padres que en el de Rheims condenaron la erronea doctrina de Gilberto de la Porea. Bien sé que no fué mas indulgente Abelardo en sus fogosas declamaciones con *S. Norberto* que con *S. Bernardo*. Sé tambien, que los milagros del Arzobispo de Magdeburgo no se le ocultaban, y que los del Abad de Clarabal merecian igual aprecio á las irrisiones y burlas de aquel genio filosófico. Pero si en San Bernardo atacaba á su enemigo y vencedor, en *San Norberto* intentaba degradar el ministro de la Iglesia, el vencedor de la fé, y el destructor del Tanquelismo.

Este nombre llevará sin sentir vuestra imaginacion al Brabante. La ciudad de Anvers presenta desde luego á vuestras reflexiones el campo de batalla en que nuestro Santo se dexó ver cargado de los depojos de una heregia tan monstruosa como funesta. Mas de medio siglo hacia que era la ciudad de Anvers la fortaleza en donde se atrincheraba una secta que, triunfando sobre el mismo sepulcro de su autor, turbaba la fé y amenazaba á la Iglesia. Tanquelino habia asolado con sus dogmas, igualmente que con sus armas, la Alemania y Flandes. Una eloqüencia natural suplía en él el mérito que le faltaba por el lado de la erudicion, y se creia poseer todos los talentos segun la apariencia que tenia. Era habil para sorprender la credulidad de los

pueblos, y diestro para lisonjear los vicios, nada menos que con una reputacion de un santo. La hipocresía es siempre el velo con que se encubre el error. Pero ¡ó cielos! ¿Me atreveré yo á describir los errores de que fueron testigos los desgraciados países á quienes habia seducido aquel desenfrenado apóstol de la mentira y del engaño? Para él se habia envilecido la dignidad del Sacerdocio: combatió y contradijo la realidad del Cuerpo de Jesu-Christo en la Eucaristía, y al oír la virtud de los Sacramentos, tomaba su origen de la santidad de sus ministros. Tanquelino tuvo el ingenio y la depravacion de todos los heresiarcas.

Era de un ingenio orgulloso y enredador: diestro para la seduccion; de impostura y de calumnia, de supersticion y de fanatismo, lleno de audacia y propenso á la rebelion, y, en una palabra, capaz de todas las impiedades, y favorable por lo mismo á todos los vicios. Por delante de él habian ido siempre el blasfemo y el sacrilego, de cuya especie tenian varios discípulos. Puesta una sociedad de hombres infames baxo los auspicios de un gefe ó cabeza tan digno de ellos, y tan igual en su modo de pensar, se alababa de renovar los exemplos y el ministerio de los apóstoles. Por toda la costa marítima de Zelandia y de Flandes insultaban al zelo de los príncipes católicos con su autoridad y sus leyes. Los pueblos estaban sin fé, los templos sin pastores, los altares sin sacrificio, los ministros sin autoridad, la justicia sin fuerza, la religion sin poder y Dios sin adoradores.

Una

Una clerecía solamente compuesta de hombres sabios y virtuosos, era quien consolaba á Anvers de los progresos de la heregia. Estos piadosos y eruditos hombres imploraron el socorro de *Norberto*, y le llamaron á la defensa de la verdad. Todo se lo prometian ellos de su talento, virtud y reputacion. Mas ¿si acaso se engañarán en su esperanza? No por cierto: *Norberto* aun pasará de sus límites. A los primeros ecos de su lastimosa voz, se atraxo á la soledad á sus discípulos, imponiéndoles la esencial obligacion que pedia su Orden, y dexando en ella á Hugo, como á un otro sí mismo para que le substituyese. Así, pues, acudió donde la necesidad lo pedia, y salió victorioso en quantas cosas emprendió. Todo quanto podia su zelo, su prudencia, su firmeza y su dulzura lo empleaba para rebatir á los fogosos discípulos de Tanquelino. ¡Con que noble empeño instruía á la ignorancia, combatia á la mentira, y confundia á la apostasia! Jamás usó de aquel bárbaro é insultador lenguaje, que mas bien es capaz de exâsperar los ánimos, que de vencerlos. Sabia manifestar con suma bondad la vergüenza que le causaba el ser delinquente. De su boca salia un dulce torrente de persuasion. Una inesperada mudanza confirmó la eficacia de su voz. El monstruo del error no podia hacer ya otra cosa que gemir, cuyas miserables señales presagiaban su destruccion. Logróse, en fin, el que las costumbres se reformasen, se respetase á la clerecía, recobrasen los templos su antiguo esplendor, se defendiese la fé del misterio de la sagrada Eu-

Y 2

ca-

caristía, y volviese la Religion á tomar posesion de sus derechos: de modo, que así como se vió abatido al Arrianismo por causa de los vencedores esfuerzos del grande Atanasio, así tambien á la fuerza de los golpes de *Norberto*, cayeron y se vieron abatidos los discípulos de Tanquelino. Estos no parecian ya otra cosa. que unos cadáveres corrompidos, cuyo aspecto solamente inspiraba el horror á todo el mundo.

Así como la heregia de Tanquelino habia hecho tantas conquistas en Flandes: así tambien el cisma de Pedro de Leon las habia hecho por todo el catolicismo.

Este hombre perverso se habia adquirido grande reputacion y muchos amigos á la sombra de una humildad fingida, y de algunas negociaciones sabiamente dirigidas. Habiendo llegado á obtener las primeras dignidades de la Iglesia con una rapidez que asombró á todo el Universo, llegó á creer de sí mismo, que era digno de la tiara, á cuyo pensamiento condescendió. Soberbio ribal de Inocencio II., aunque legítimamente elegido y llevado por los habitantes de Roma, de quienes era el ídolo, esperaba muy de seguro obligar á todos los potentados católicos á que le proclamasen por Vicario de Jesu-Christo en la tierra. Baxo el nombre de Anacleto, reynaba y mandaba como maestro, pero sin derechos justos y legítimos, al paso que Inocencio, aunque los tenia muy sagrados, estaba olvidado y oprimido. Triunfaba la serpiente y gemia la paloma: no determinándose casi la vacilante Iglesia á decidir entre el Pontífice

y

y sucesor legítimo de los Apóstoles, y el que no lo era mas que como mercenario é intruso, sin avergonzarse de usurparla su autoridad. Pero si este último tenia de su parte la preocupacion, la política y el enredo, tambien declaraban contra él el legítimo derecho y la justicia Bernardo y *Norberto* ::: Yo bien sé, que para sorprehender á la religion de este último, y dar á su vista un buen colorido al atentado de una usurpacion, procurará el seductor Antipapa echar por todas las sendas que le sugiera un ingenio tan fértil como el suyo en medios y recursos. Menudeará sus cartas de empeño, valiéndose de todos los artificiosos rodeos que pueda, de las promesas lisonjeras, y, en fin, de quanto interese á una causa sospechosa y verdaderamente iniqua, y á una alma ambiciosa ::: ¡Ah! Mal conoce al equitativo Prelado, á quien espera confiar el suceso de una empresa odiosa y aborrecible. *Norberto* despreció las brillantes ofertas que pródigamente le hacian el interés y la injusticia. Entregado enteramente á la Iglesia y á la verdad, solo respeta sus derechos: estos son los que únicamente se empeña en sostener. Enemigo declarado de un hombre que intenta hallarle cómplice de sus iniquidades, lo mismo fué reclamar contra él la autoridad de Lotario que conseguirlo. Lo propio fué instar á todos los potentados del imperio á que obedeciesen á Inocencio, que someterles al gobierno de este príncipe. Por él se consiguió que toda la Alemania se uniformase, digámoslo así, en los sentimientos que se proponian. Tan pronto como se le vió ir al

Con-

Concilio de Rheims, se le observó la fuerza con que defendió á la verdad y á su Pontífice. Allí fué donde las dos mas brillantes antorchas de la Iglesia, Bernardo y *Norberto*, se convinieron en poner la tyara sobre la cabeza mas digna de llevarla. Mientras que Bernardo acabó de persuadir á la Francia en el Concilio de Estampes, procuró hacer lo mismo nuestro Santo en la corte del Emperador. Llevará á aquel príncipe hasta Roma en donde al esfuerzo de sus victoriosas armas caerá el partido del falso Pontífice, y se aniquilarán sus furoros.

Cubierto de gloria, y como pacificador de las turbaciones, intérprete, oráculo, conservador de la verdad y cargado de los trofeos de la fé, reparaba los desórdenes que habia en Magdeburgo. Pero otros varios y nuevos sucesos coronaron en aquella ciudad su ministerio. Por desgracia no le veía ni poseía su pueblo con tan indecible gusto, sino para llorarle y perderle dentro de pocos dias. En efecto, agobiado de trabajos, lleno de méritos, respetado de sus enemigos, querido de sus discípulos, y útil aun á su rebaño murió *Norberto* ::: Murió, en fin, y sus preciosas reliquias llegaron á ser el asunto de una contestacion á quien yo llamaría edificativa si la caridad la hubiera sabido prescribir límites. Murió, y desde entónces acuden los reyes á su sepulcro con viva fé, inmortalizando los soberanos Pontífices su nombre, publicando los Obispos sus alabanzas y honrando su memoria la universal Iglesia. Murió, es verdad; pero el Brabante y la Bohemia le colocan al

la-

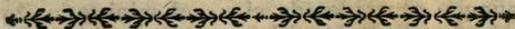
lado de sus protectores. Murió, digo, pero la Iglesia se aprovecha de sus lecciones y ejemplos desde entónces. Murió, mas á vista de los pueblos que reclaman su poderosa intercesion, cesan los contagios, se disipan las enfermedades y aun hasta la muerte cede sus víctimas. Murió, y desfigurada su Diócesis con el Luteranismo, conserva por él desde entónces un respeto y un reconocimiento, que no ha podido ni podrá acabar la sucesion de los siglos. Aun cuenta *S. Norberto* en Magdeburgo algunos discípulos que, á pesar de sus errores, se llaman sus hijos, siguen sus leyes, se alaban de hacer revivir continuamente su espíritu, y perpetuar en la Iglesia, aunque separados de ella, el ministerio de misericordia y de verdad que le confió la Providencia: *Misit Deus misericordiam suam, & veritatem suam.*

La misericordia y la verdad, hermanos míos, son para nosotros lo mismo que fueron en otro tiempo para *San Norberto*. Aquella fué á buscarle en sus extravíos; y en los nuestros nos convida y nos empeña con sus ofertas. Escuchémos su voz, sigamos sus movimientos, y pongamos con nuestra conversion el colmo á sus beneficios. La verdad nos llama á su socorro: nos muestra sus llagas y pide que reparemos sus pérdidas, quando no con las victorias de nuestro zelo, como *San Norberto*, á lo menos por medio de nuestra fidelidad. Nuestro Héroe cambió los temores de la Iglesia en esperanzas, y sus peligros en triunfos. Resentida de nuestros desórdenes la Iglesia, solo nos pide que reflexionemos, y

que

que por este medio nazcan los remordimientos en nuestros corazones. Teme ácia nosotros los peligros de quienes á nosotros mismos no nos da cuidado. Teme el peligro de una vida que se pasa en medio de la ilusion , y el peligro de una muerte que nos sorprehenderá en la impenitencia. Procurémos enmendarla con la pureza de las costumbres, y con una inseparable union á la fé. Si así lo executásemos, serán nuestros exemplos un triunfo para ella , y para nosotros el premio de la eterna felicidad de que goza *San Norberto* en el cielo.

FIN DEL SEGUNDO TOMO.



## T A B L A

DE LOS PANEGÍRICOS  
que contiene este Tomo.

<i>Panegírico de San Dionisio</i> ....	Pág. 3.
<i>De San Cayetano</i> .....	44.
<i>De San Francisco de Sales</i> .....	83.
<i>De San Agustin</i> .....	129.
<i>De San Nicolas de Bari</i> .....	173.
<i>De Santa Ines</i> .....	218.
<i>De San Victor</i> .....	255.
<i>De San Norberto</i> .....	301.